

# PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Ibon Zubiaur

*Libro de sangre* no sólo es uno de los debuts novelísticos más deslumbrantes en alemán de los últimos años (Premio Alemán del Libro y Premio Suizo del Libro 2022), sino también una exploración lingüística a tumba abierta. Pero su virtuosismo verbal y su entrelazamiento de registros muy dispares no responde a un afán de epatar ni de encarnar teorías en boga, sino al impulso más íntimo de la literatura: la necesidad de hallar una voz propia con la que contarse.

Toda la novela supone un conjuro de su voz protagonista, un intento de rescatar despojos de memoria enterrados bajo los traumas, los silencios y las convenciones, de hacer justicia a los giros y derivas de una búsqueda de afecto, libertad, y anclaje. Puesto que el punto de partida es un vacío y la identidad impuesta se percibe como coercitiva, el desarrollo de una experiencia autónoma se realiza ensayando lenguajes y voces diferentes y confrontándolas en el diálogo y en la ironía. Los resultados sólo pueden ser ambivalentes, porque la liberación conlleva un desarraigo y hasta una traición al mundo familiar que reconstruye y asimila.

Cada una de las cinco partes que componen la obra se desenvuelve en un registro distinto a la anterior (y la última en

inglés); las dificultades de traducción que plantean resultan tan insolubles o fecundas como todo reto comprensivo (también dentro de un mismo idioma). Kim de l'Horizon expuso sus prioridades y deseos en una suerte de indicaciones escénicas que he querido seguir en lo esencial, pero de las que me desvíó en algún caso: creo obligado explicitar de antemano algunas de mis opciones.

El primer reto que plantea esta obra desde el título son sus abundantes juegos de palabras, y en particular los *Leit-motive* que la entrecruzan. Así, *Blutbuch* significa 'Libro de sangre', pero en dialecto suizo también 'haya de sangre', el árbol que opera como referente mítico y *axis mundi*. *Meer* es tanto 'madre' como 'mar', lo que permite entender a la omnipresente abuela, *Grossmeer*, como 'océano'. Mantengo esas formas originales y también la que designa al padre (*Peer*), aunque no las variantes suizas para abuelo, bisabuela, o bisabuelo derivadas de las anteriores.

Muchos de los *Leit-motive* son palabras compuestas cuya versión literal brindaría una inflación de genitivos insufrible en español. En este sentido, quizá la mayor dificultad de traducción la entrañara la Parte II, donde el hechizo del niño obliga a limitar el número de palabras por frase (si bien hay excepciones, que respeto). Es un motivo decisivo por el que el haya de sangre se reduce con frecuencia a *haya* y la bruja de hielo a *bruja*. El récord de multiplicación de palabras lo ostentan esos «trozos de solomillo en salsa de mostaza»: sus tres palabras en alemán (*Kalbsnierstücke an Senfsauce*) suponen nueve en traducción completa. También en el caso de las preposiciones tiendo a optar por la variante más económica.

Pero lo que más llama la atención en la novela es su empleo del dialecto suizo (y de su variante de Berna), que en la Parte IV suma neologismos y una exuberancia fantasiosa. La historia, la función y el rol de los dialectos alemanes no resulta

equiparable al de las distintas lenguas españolas; he preferido resaltar su dimensión social, explicitada a lo largo de la obra y por Kim en sus indicaciones (se trataría de un dialecto con «deje rural / provinciano», «que la gente de ciudad encuentra gracioso pero también [...] mira un tanto por encima del hombro»). Al mismo tiempo, me pareció importante aunar en las «biografías» de esa Parte IV la experimentación lúdica con la verosimilitud de una voz sin formación académica pero llena de fuerza expresiva: la escritura de la Meer varía de texto en texto (como la de la voz narrativa), y si su vaivén entre lo castizo y lo pedante puede hacernos sonreír, en ningún caso ha de sonar ridículo. Así, mi versión de las «biografías» entremezcla vocablos y elementos fonéticos de diferentes regiones y lenguas de la península sin decantarse por ninguna, poniendo el acento en un sociolecto inventado más que en el colorido antropológico.

La Parte V la conforman cartas que la voz narrativa escribe en inglés, y al igual que en la edición original, y siguiendo las instrucciones de Kim, se han vertido mediante el programa virtual [www.DeepL.com/Translator](http://www.DeepL.com/Translator). El resultado es de una fluidez notable, pero contiene errores de bulto que se transcriben sin corregir como efectos de extrañamiento, lo mismo que las incongruencias de género inevitables en el formato gratuito del programa (que sólo admite bloques de texto limitados).

La fluidez de género supone una clave esencial de *Libro de sangre*, y se origina sola al pasar del alemán al español. Son muchos los símbolos y mitemas que cambian de género entre un idioma y otro (*die Sonne* - el sol, *der Mond* - la luna), y en español no existe el neutro que designa a la voz narrativa en su infancia. La solución acordada con Kim de l'Horizon ha sido verter *das Kind* como 'el niño' siempre que interactúa bajo el género asignado, como 'la niña' cuando se traviste, y como 'le niñe' cuando se desenvuelve en su mundo propio, lo

que origina una continua fluctuación en las dos partes iniciales que resulta especialmente fiel al espíritu lúdico y mágico de la obra: la traducción es un trasvase, y carecería de sentido lamentar sus pérdidas sin atender del mismo modo a sus ganancias. Por voluntad expresa de Kim, se usa «e» como indicador de lenguaje inclusivo en lugar de «@» (a fin de cuentas un signo binario). Quizá quepa entender esa indeterminación de género como un obsequio universal de la novela, que no aspiraría tanto a hacer bandera de *una* identidad como a socavar el binarismo ilustrando la fluidez y la porosidad de *todas* las identidades.

IBON ZUBIAUR

Getxo, febrero de 2023

Por ejemplo nunca te «lo» dije de forma oficial. Simplemente iba a tomar el café maquillade, con una caja de Lindt & Sprüngli (la mediana, no la pequeña como de costumbre), o más tarde en falda a la comida de Navidad. Sabía, o daba por hecho, que madre te lo había dicho. «Lo». Tenía que haberte«lo» dicho, porque yo no podía decírte«lo». Era el tipo de cosa que no podía decirse. Yo se «lo» había dicho a padre, padre se «lo» había dicho a madre, madre tenía que haberte«lo» dicho.

Otras cosas de las que nunca hablamos: el inmenso lunar de madre en el dorso de su mano izquierda, la pesadez que arrastraba padre a casa al volver del trabajo, que arrastraba a casa como un gigantesco ciervo muerto, empapado, putrefacto; tus besos sonoros, tu racismo, tu dolor cuando murió el abuelo; tu mal gusto a la hora de hacer regalos; la amante que tuvo madre cuando cumplí siete, el pendiente de plata que le regaló a madre su amante como despedida, que le colgaba como una larga lágrima del lóbulo casi hasta la clavícula, cuando aún se lo ponía para provocar a padre; las incontables horas que pasé con él —cuando me creía a salvo

de miradas—, deslizando el pendiente de una mano a otra, sosteniéndolo al sol de modo que proyectara formas ardientes en las paredes, mis infinitas ganas de ponerme aquel pendiente, mi indecible voz interior que me lo prohibía, mi infinito deseo de tener un cuerpo, el deseo indomable de madre de viajar por el mundo. Nunca hablamos de política o literatura o la sociedad de clases o Foucault o de que madre dejó el bachillerato para adultos cuando yo vine al mundo. Nunca hablamos de cómo te salió barba cuando estabas embarazada de madre, de que se llama «hirsutismo», nunca hablamos de cómo te lo trataste, de si te afeitabas, te aplicabas cera o te arrancabas con pinzas los pelos negros, de si tomas antiandrógenos para bloquear la testosterona—que tu cuerpo «produce en exceso»—, y nunca hablamos de cómo te miraban, de cómo debiste avergonzarte, de todos modos nunca hablamos de la vergüenza, nunca de la muerte, nunca de tu muerte, nunca de tu creciente desmemoria, hablamos mucho de los álbumes familiares y de cada una de las fotos en ellos, si bien nunca hablamos de lo ridículo que resulta abuelo en esas fotos que se sacó con su cofradía estudiantil, de cómo hinchaban el pecho y sonrían a la cámara abiertos de piernas; nunca hemos hablado de la chica que hasta cierta edad vaga por los álbumes de fotos, por lo general de tu mano, a veces de la de uno de tus cinco hermanos, no, nunca hemos hablado de adónde se largó esa hermana pequeña llamada Irma. Nunca hablamos de si a las demás familias también les cuesta tanto hacer como si fueran igual que las demás familias, nunca hablamos de normalidad, nunca de heteronormatividad, queerness, nunca hablamos de clases, del llamado «Tercer» Mundo y las estructuras secretas de los hongos, que son mucho más grandes y finas de lo que imaginamos, nunca hablamos de todos los caminos que reserva este mundo, que nos reserva para escapar

de nosotres mismos, los caminos sinuosos, los caminos a la sombra de grandes álamos, los caminos desiertos, infinitos que recubren este mundo como un hilo recubre un ovillo, pero en cambio hablamos de los caminos que todos juntos se llaman «Camino de Santiago».

Hace algunas semanas estábamos sentades en el sofá y me mostrabas uno de los álbumes de fotos. Me forcé a fingir el mismo interés que las últimas diez veces que me explicaste las mismas fotos con los mismos comentarios. Estuvimos mirando una foto de tu madre en la que está embarazada de ti, una foto que las primeras veces me sorprendió porque en ella se ve sin más a una mujer desnuda, en un álbum familiar pequeñoburgués de 1935. De pronto interrumpiste tu verborrea, te me quedaste mirando y preguntaste: «¿Por qué no estás nunca?».

Estoy sentade a mi escritorio en Zúrich, tengo veintiséis años, oscurece despacio, es una de esas tardes que aún son tardes invernales mientras se huele ya un barrunto de la primavera, un olor aterciopelado: a viburnos de Bodnant, exageradamente dulce y rosa claro; a gente que vuelve a empezar a hacer footing y lleva su sudor por calles limpias en exceso. Yo no hago footing. Estoy sentade aquí mordiéndome las uñas, pese al esmalte amargo Ecrinal, muerdo hasta que he mordido el borde blanco y sigo, desplazo continuamente hacia atrás el borde blanco. Hace medio año obtuve este trabajo superaburrido en el archivo estatal, me paso el día entero entre sus estantes subterráneos, catalogando expedientes médicos de pacientes fallecidos hace tiempo, no hablo con nadie, estoy satisfeche, soy invisible, me dejo crecer el pelo, voy a casa y me siento aquí, a mi escritorio, desde donde puedo ver el haya en el jardín vecino, desde donde me llegan

los recuerdos del haya de sangre, nuestra haya de sangre, la gran haya de hoja roja en medio de nuestro jardín. Escribo. Cuando mis amigos Dina y Mo, que también están en algún lado y escriben, me escriben «¿Vienes a tomar algo?», yo no les contesto. Intento escribir, y cuando no puedo escribir, cuando me hundo en el mar de algodones del pasado, me afeito, me ducho y voy en bicicleta a los extrarradios de la ciudad, a las faldas exteriores, como dicen los ingleses, peino las gasolineras y los campos de fútbol, rondo ante los gimnasios, la Grindr-App es mi pálida antorcha en la noche de la aglomeración, me indica el camino a los hombres que busco, que necesito, que me dejen necesitar, a los que dejen subirme la falda tras la caseta de las bicis y a los que dejen introducirse en mí, rápido y sin sentimientos, ya tengo yo bastantes sentimientos, no necesito aún más, necesito de una vez un hard cut de ellos. Me hermano con la verja oxidada del gimnasio suburbial a la que me aferro, la vez siguiente me hermano con la barandilla de la escalera despoblada a la tribuna, que me sostiene, y last, but not least, choco con la mejilla contra la puerta a la sala de ocio de Securitas hasta que soy devuelto de mis sensaciones a mi carne, entonces me voy a casa, aún con semen dentro y olor a hombre desconocido en mí, una sensación cálida en mi centro vacío que me colma durante el regreso. Aquí voy al baño, me afeito de nuevo, axilas, piernas, pubis, siempre me espanta la posibilidad de despertarme por la noche oliendo a otra persona, luego vuelvo a ir al baño para expeler de mí el resto de semen, luego ducharme, frotarme con la esponja pómez, darme crema. Tengo la piel irritada de tanto afeitarme. Luego vuelvo a sentarme al escritorio, a la vista del haya, y sólo ahora me doy cuenta de que todo este tiempo te escribo a ti. Y si no escribo, leo o pienso en la posibilidad de entregar mi cuerpo al Camino de Santiago, pienso en la posibilidad de caminar hasta que ya no piense en nada



o llegue a Santiago de Compostela o al mar, y pienso en la posibilidad de no hacer nada de eso.

Nunca hablamos de que una tarde ya no supiste volver a casa y a madre le llamó la policía. Nunca hablamos de ingresar en un geriátrico, y cuando hace un mes tuviste un fuerte ataque y despertaste en un centro de rehabilitación y preguntaste dónde estaba el balcón con las vistas sobre Berna, madre dijo: «Pero es que lo retiraron, ya no era seguro». Y tú dijiste: «Ah sí, es verdad», y te reíste demasiado alto de ti misma y te pusiste a hablar de los geranios del balcón. Yo odié a madre por su cobardía al no decirte la verdad, primero me irritó y luego me conmovió más de lo que quería su repentina preocupación por ti. De repente es la *caring daughter*, pero yo no, pensé, a mí no me enganchas como *caring daughter*, mami, y me despedí de madre con más frialdad de lo habitual. No hablamos de la elevada probabilidad de que en los próximos seis meses desarrolles otro ataque («desarrollará un ataque» —esa jerga de médicos, como si lo hicieras tú conscientemente—), y no hablamos de la elevada probabilidad de que ese ataque extinga el resto de tu memoria.

Ahora es de noche, y me imagino cómo tú también estás a la ventana de tu cuarto en la rehabilitación mirando a la cara a la noche. Y noto que desapareces lentamente. Querida abuela, querría escribirte antes de que hayas desaparecido del todo de tu cuerpo o ya no tengas acceso a tus recuerdos.

Querría poder decirte que te tenía miedo, que por ejemplo fui yo quien rompí aquel día el tarro de mermelada de frambuesa que acababas de hacer y que creíste que había roto madre, y de hecho madre me cubrió, asumió la culpa y tú le echaste una bronca tremenda. Me genera hasta hoy mala

conciencia, hacia las dos. Querría saber qué ocurrió con mi tía abuela Irma, esa chica que recorre de tu mano el álbum familiar y luego desaparece. Querría entender cómo fue ser tú: una mujer corriente de la clase media baja en la Suiza del siglo xx. Querría entender cómo es que apenas tengo recuerdos de mi infancia, y sólo de ti. Querría encontrar un lenguaje en el que preguntarte: «¿Dónde están los míos?». Querría saber cómo llega esta mierda a nuestras venas.

Hablabas muy alto, eras demasiado exigente, demasiado bruta, nunca escuchaste, me enviaste dinero y con él la frase: «Sabes que me puedes venir a visitar en cualquier momento». Lamento haber sido una nieta tan male. Soy demasiado fine para ser fine.

Querida abuela. Cuando pienso en ti, pienso en todas las cosas que nunca fuimos capaces de decirnos y nunca somos capaces de decir. Recuerdo cómo siempre empleaste muy orgullosa las palabras que el alemán de Berna tomó del francés, y aunque puedo entender ese orgullo, también me resulta de lo más incómodo. El francés nos lo trajo Napoleón, era el idioma de los ocupantes, era el idioma de los jóvenes belicistas cultivados, pero bárbaros. Él nos trajo el idioma y varias leyes, y como contrapartida se apropió del tesoro estatal de Berna, famoso ya en toda Europa. Ascendía a varios cientos de miles de millones, convertidos a los actuales francos suizos (¡de franc!). Con ellos saldó sus deudas y financió su campaña de Egipto. Sé que esto son mis lagrimillas de blanque privilegiade, y desde finales del siglo xix somos campeones del mundo en desfalcos financieros. Pero el saqueo napoleónico hizo de la Suiza de comienzos del xix un país con una tasa de emigración muy alta y tuvo consecuencias tributarias hasta el siglo xx: los berneses no pagaron impuestos hasta entonces.